

El justo medio

Recientemente ha vuelto a plantearse en círculos intelectuales españoles la eterna cuestión de la «actitud». Se han preguntado algunos, bajo la formulación interesante e inócua de «¿Qué piensa usted del sacerdote?», cuestiones que constantemente, en cada edad y en cada período histórico, se replantean, y a propósito de las cuales caben las mismas posiciones.

Sin pretender ahora emitir ningún juicio sobre lo que en este caso se ha dicho, sería interesante que examinásemos en ESPIRITU una de las cuestiones en él indicadas. Una de estas cuestiones (no vamos aquí a aludir a todas ellas) es la actitud de «acogida» o de «reserva» que el sacerdote tome ante posiciones que llaman «nuevas», nombre bajo el cual (¡como siempre!) va todo mezclado: lo bueno, lo excelente, lo malo, lo desorientado, lo pésimo, lo confusivo, todo... en un revoltijo.

Una de las ocasiones en que con más agudeza se planteó el problema de la actitud del sacerdote fué el primer tercio del siglo pasado, el período de Balmes. Por un lado estallaba el liberalismo (con todo lo que contiene de herencia cristiana en su respeto a la persona humana y a la libertad, herencia que el liberalismo se apropia; y con todo lo que contiene de paganización de este fruto cristiano, al querer desvincularlo de la Verdad única, de la religión positiva revelada; por otro lado se traducía una lucha paralela (pero muy distinta en realidad) en el orden político con otras dos palabras y concepciones, que ayudaban a engendrar la confusión por ser dos nombres presentados a veces como equivalentes a los anteriores, cuando en realidad no equivalían en nada, y que se encerraban con los nombres de «absolutismo» y «democracia»; en fin, se deslizó la contienda a otras dos posiciones antagónicas en un orden distinto, el económico y el social, con las posiciones opuestas del «liberalismo económico» y el «socialismo». Es evidente que habiendo en cada uno de estos tres órdenes sentidos diversísimos, la solución para cada uno de ellos ha de ser en buena parte diversa. Aquí sólo nos ocupamos de uno de estos tres órdenes: la disyuntiva ante la actitud firme por la posesión de la verdad o la admisión de cualquiera idea del ambiente.

Ahora bien, hay un documento interesantísimo que dimana del

mismo Balmes, documento poco conocido por algunos que al oír mentar a Balmes sólo recuerdan vagamente el nombre de «El Criterio» y quizá algo de «Filosofía», que no pueden precisar bien. Se trata de una conferencia inacabada, que se publicó póstuma en 1850. En esta conferencia Balmes se planteaba precisamente la cuestión de la actitud que debía tomar el sacerdote.

Hay en ella cuatro párrafos precisos que podrían sintetizarse en cuatro expresiones: 1.^a la blandura excesiva o sea la claudicación por cobardía es siempre despreciable; 2.^a la firmeza en la verdad y en los principios que han de quedar como base perenne, siempre merece íntimo respeto; 3.^a la dureza en la expresión no es la actitud del sacerdote; 4.^a síntesis: ni flojedad, ni dureza.

Hay aquí estos párrafos balmesianos:

1.^a «Tímidas confesiones de la fe combatida; expresiones ambiguas; sonrisas de vergonzosa tolerancia; un aire complaciente cuando el incrédulo se burla de la religión: a esto llamo yo flojedad, que hace al sacerdote criminal a los ojos de Dios y despreciable a los ojos de los hombres. A quien no se atreve a confesar a Jesucristo delante de los hombres, Jesucristo le desconoce delante de su Padre. ¿Y pensáis por ventura que el sacerdote se granjea con semejante conducta el aprecio de los circunstantes, incluso el incrédulo? No, señores. El incrédulo conoce que se halla delante de un hombre que, o no cree lo que dice, o no se atreve a sostener lo que cree; en ambos casos le paga con desprecio: en el uno por impostor; en el otro por cobarde».

2.^a «Una convicción profunda, expresada con serenidad y con templanza, inspira siempre respeto y ejerce sobre los demás un ascendiente poderoso. La sátira se anima cuando nota timidez, vergüenza; pero cuando sus tiros dan sobre una frente levantada y un semblante sereno, bien pronto se embotan, y el que los dispara abandona luego su odiosa tarea. A la verdad y a la virtud Dios les ha dado un lenguaje propio que sojuzga con su fuerza al vicio y al error; cuando el hombre tiene el valor de sus convicciones y deberes, y osa decir con serenidad: *Esta es mi convicción, éste es mi deber*, no solicita tolerancia, la impone: todos los ojos se fijan en él, con tanto más asombro cuanto era más duro el momento de la prueba; quizás las palabras continuarán desfavorables; pero, no lo dudamos, en su corazón tributan al varón recto y sincero un homenaje de admiración».

3.^a «La destemplanza en el lenguaje, el desentono de la voz, la descompostura del gesto, las palabras ofensivas, las muestras de aversión personal, a esto llamo yo dureza, y esto es otro escollo peligroso. La defensa de la verdad no necesita de semejantes medios: lejos de favorecerla pueden dañarla; el sacerdote se desconceptúa, se hace

odioso; y el descrédito y la odiosidad pasan muy fácilmente del sacerdote al sacerdocio, del ministro a la religión. El incrédulo yerra, blasfema; sus palabras escandalizan, es verdad; pero, ¿qué adelantamos con una irritación desmedida? ¿Qué bien resulta de estrellarnos contra los hechos? ¿Está en nuestra mano remediar el mal que deploramos? ¿Con una exaltación destemplada logramos que el incrédulo se haga creyente? Imitemos a Jesucristo. Se le arguye con mala fe, con intento malicioso, con arterías pérfidas; ¿y cómo contesta? Con calma, con dignidad, con majestad. Su palabra es penetrante como espada de dos filos; con ella confunde a los enemigos de la verdad; pero en el maestro que enseña se descubre siempre al médico que cura; en el juez que reprende se ve al padre que ama. Se continúa dudando, calumniándole; El prosigue tranquilamente su camino y apela a sus obras, que dan testimonio de su doctrina».

4.ª «Ni flojedad ni dureza: el valor de la fe y la dulzura de la caridad. Jesucristo nos ha trazado el sendero: El nos enseña a despreciar los respetos mundanos, cuando se trata de confesarle; pero nos ha enseñado también a querer a los hombres, pues que ha venido a salvar al mundo. Que una caridad mentida no nos haga olvidar nuestros deberes y un celo falso no nos entregue a merced de la ira: ambas cosas son indignas de un sacerdote, que debe ser modelo de fortaleza y de mansedumbre» (BALMES, *Obras completas*, Tomo V, B. A. C., Madrid 1949, pág. 869-870).

Lo que Balmes dice tan acertadamente del Sacerdote, debe decirse también de todos los que pretendan ejercer una acción acertada. Tanto en el orden de la doctrina, como en el orden de la aplicación práctica es preciso (y ahí está la dificultad) saber hermanar la fortaleza con la mansedumbre; la firmeza ante el error, con la dulzura para el que va errado.

Cuando está afianzada esta doble actitud fundamental, puede luego venir oportunamente el cuidado de otras posiciones. También entonces, y sólo entonces, puede haber una respuesta objetiva a la pregunta sobre qué opinan de los sacerdotes de hoy. Sin esto todo sería, según la antigua frase, un conjunto de «*magni passus, sed extra viam*».

Para que los nuestros no sean «*extra viam*», Balmes nos señala el camino.